

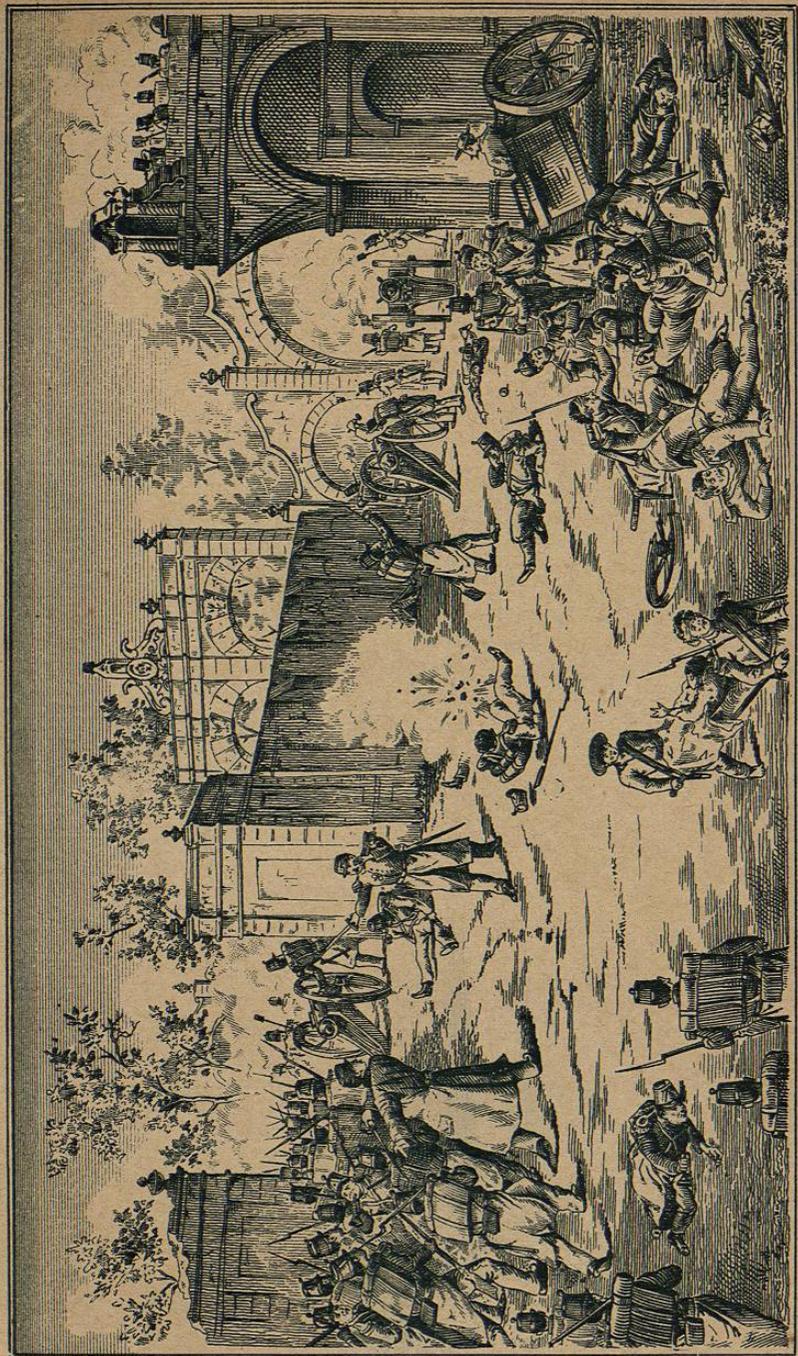
GRANDE  
Y DELEITOSO ROMANCE DEL  
YANKEE ENAMORADO.

RETRATO

Era un yankee como todos,  
Tez blanca, nariz aguda,  
Tieso cual barra de fierro,  
Todo él terminando en puntas,  
Barnizados los carrillos  
Cual con vermellón ó púrpura,  
Y narices, boca y barba  
Al parecer se le juntan,  
Para dar á su semblante  
De la zorra la figura;  
Como tallada en su cráneo  
Le corona la cachucha,  
De paño azul tiene el forro  
Desde el cuello sin arrugas,  
Y unos pies que recordaban  
El casco de una chalupa.  
Etico frisón montaba  
Que á juzgarse por su altura  
Se hizo para que no baje  
El que á su lomo se suba.  
Era citarilla el cuello,  
Su cuerpo era una angostura,  
Y eran delgados puntales  
Sus cuatro patas enjutas;  
Pero un genio de los diablos  
Que estaba en perpetua pugna  
Con el jinete bilioso  
Que le sustenta y educa.  
Si arriendan á la derecha,  
La izquierda obstinado busca;

Y si le indican lo recto  
Sigue rabioso la curva;  
Si le hacen trotar se atranca,  
Si galopar con bravura,  
Corre como desbocado  
Y cuanto encuentra derrumba.  
El yankee está enamorado  
De una divina hermosura  
Que en Bucareli aparece,  
Y con sonrisas le adula.  
El yankee ardiente la sigue,  
Tras su coche se apresura,  
Pero el caballo se o pone  
Y ó corre y su intento frustra,  
O se arma, y del acicate  
Y del látigo se burla,  
Tornando guerra ridícula,  
Los rigores y la angustia.  
Así pasan muchas tardes  
En la tremebunda lucha;  
La chica muy divertida,  
El de rabia echando espuma.  
Hasta que ardiendo una tarde  
Por expresar su ternura  
Pensó al coche avalanzarse,  
Y aunque con maneras pulcras,  
Dar á la dama una carta  
Para quitarse de dudas.  
Llega la dama: á su *cuaco*  
Siguiendo al carruaje apura;  
Pero el caballo se atranca,  
Mármol se torna y chiluca;  
La niña pasa y repasa,  
Y él en la misma postura  
Es escarnio de mirones  
Que con su gesto le insultan,  
Entonces espera á la niña;  
Con calma y sin prisa brusca,  
Sacó de Colts la pistola  
Y la disparó en la nuca  
Del maldecido caballo  
Verdugo de sus venturas.  
Al cadáver del caballo  
Quitó el freno y la montura,  
Y se los hecho á la espalda

Con indiferencia suma.  
Esperóse á que pasara  
La bella que lo subyuga  
Y con un adiós helado  
Ante su vista se ofusca  
Diciendo: estas mexicanas  
Son bonitas, pero brutas.



COMBATE EN LA GARITA DE BELEM

1847.

VERIDICO DESAFIO.  
—

Era una hermosa botica  
Del centro de la ciudad;  
Por lo aseada y por lo rica  
Gala de la vecindad.

Y era un quieto propietario,  
Un patriota vergonzante  
De muncha treta y aguante  
Como viejo boticario.

Teniendo consumidores  
Entre moros y cristianos,  
Amando á los mexicanos,  
Odiando á los invasores.

Pero igual en apariencia  
En asuntos de interés,  
A los unos dice: *yes*,  
Y á otros muy quedo: *paciencia*.

Era de su casa apero  
Un portugués matachín;  
En el trato un puerco espín,  
Desvergonzado y grosero.

Pero amaba con pasión  
La tierra que entre sus criollos  
Contaba tiernos pimpollos  
Hijos de su corazón.

Mirar un yankee el patán  
Era un insulto, un agravio,  
Y echaba chispas su labio  
Como lava de volcán.

Agotaba el diccionario  
De no escritas picardías;  
A veces con agonías  
Del prudente boticario.

Cierta vez, era domingo,  
Entró á la botica un gringo  
Y desgarbado y grotesco  
Pidió sediento un refresco.

El hijo de Portugal,  
Dijo hablando para sí  
¿Para qué vienes aquí?  
¡Oh! quién te abriera en canal!

Por supuesto ese liviano  
Se confiaba y con razón  
En que aquel nieto de Albión  
No entendía el castellano.

Y á la vez que preparaba  
El amigo á su marchante  
El ansiado refrescante,  
Él ardiendo blasfemaba.

—Agréguele usted cianuro,  
Póngale usted rejalgar  
O al menos para endulzar  
Unos chorros de yoduro.

Mírele usted que nariz,  
Que no es nariz es un pico,  
Si revienta ese borrico,  
No dudo, lo hace feliz.

Bebió el gringo el temperante  
Y calculándolo escaso,  
Por señas pidió otro vaso,  
Y otro, y otro del calmante.

Dele á ese yankee voraz  
En vez de dulce estricnina,  
¿Para qué hay en la oficina  
En cántaros aguarrás?

Y el portugués con jactancia  
Mostraba su saña fiera  
Como si el yankee estuviera  
A mil leguas de distancia.

Cesó el yankee de beber,  
Y en correcto castellano  
Dijo al bravo lusitano:  
Señor, quisiera saber,

¿Por qué me quiere tan mal?  
¿Qué consigue y á qué viene  
Que su amigo me envenene  
Con abuso criminal?

A pique de un patatuz  
Se puso aquel fanfarrón,  
Negó su mala intención,  
Y al yankee puso la cruz.

Nos veremos en la tarde,  
Aquí tiene mi tarjeta,  
Si mi cita no le peta  
Le tendré por un cobarde.

¡Cobarde! ¡por Lucifer!  
Que yo cobarde no soy,  
Pero á esas citas no voy:  
Yo tengo mucho que hacer.

Soy hombre muy ocupado,  
Sólo atiende á mi interés,  
Para barrido ó fregado  
No entiendo jota de inglés.

Y después de cierto rato  
Viendo alejar al *godeme*  
Dijo: está visto, me teme,  
No sé como no lo mato.

## ROMANCE PELAGARCERO

Y DE

ESPECTACIVA INQUIETA DE QUERETARO.

Como en estrecha hondonada  
 Se agitan y se revuelven  
 Las aguas que de la altura  
 Se precipitan hirvientes,  
 Así á Querétaro llegan  
 De todas partes las gentes;  
 Los de la Sierra en parvadas,  
 Los de México en tropeles,  
 Los próceres en carruajes,  
 En rocines los donceles  
 Y los plebeyos cuitados,  
 Dando tumbos y traspieses  
 Llevando en brazos los niños  
 A lado de las mujeres,  
 Vendedores ambulantes,  
 Gañanes cargando muebles,  
 Y carabanas de burros  
 Con ridículos jinetes  
 De botín y de levita,  
 Con varita y con sorbete.  
 En las plazas y en las calles  
 Desembocaba el torrente;  
 Unos, tiendas y figones,  
 Invasores acometen,  
 Mientras otros alborotan  
 En los mesones y hoteles,  
 Y otros, plazas y portales,  
 Habilitaban de albergue.  
 Desde la plaza de arriba  
 Hasta la de abajo hirviente

Se despeñaba el tumulto,  
 Y empujándose la plebe,  
 Gritos, silbidos, guitarras,  
 Cantos y risas ardientes  
 Alzaban ruido tremendo  
 Que iba lejano á perderse.  
 El *bis. bis*, los *carcamanes*,  
 El *perro con cascabeles*  
 Y otros juegos populares  
 Brindaban bolas alegres  
 Ya sobre toscas frazadas  
 Ya sobre mesas enclenques.  
 En tanto, en una amplia casa,  
 Se alojaba al Presidente,  
 Que era el grande Peña y Peña  
 Por mandato de las leyes.  
 Era augusta su figura,  
 Y algo de noble y solemne  
 Se miraba en su semblante  
 Taciturno é imponente,  
 Como de un gótico templo  
 La adusta fachada vése,  
 Como entrada de un misterio  
 Que nadie á inquirir se atreve.  
 Allí Don Luis de la Rosa  
 Entre libros y expedientes,  
 Como universal ministro  
 Los árdios casos resuelve,  
 Entre tragín de soldados  
 Y entre entrantes y salientes.  
 Allí la faz volteriana  
 De Zarco, riendo aparece;  
 Y Prieto hilvana legajos  
 En pura prosa pedestre.  
 En el convento del Carmen  
 Reunión activa sostienen  
 Lacunza y Lafragua unidos,  
 Que audaces la paz defienden,  
 Y de egoistas y de mochos  
 Sendos regalos les llueven.  
 La mansión de Otero brilla  
 Por convidados alegres,  
 Entusiastas por la guerra  
 Confiados comen y beben.  
 Pero en todo dominaba

Los ánimos de la gente,  
 El problema que el Congreso  
 Tiene en sus manos pendiente  
 De si aprueba los tratados  
 O la guerra se sostiene.  
 Unos ensalzan del yankee  
 La pujanza omnipotente,  
 Y dicen: contra titanes  
 No es posible sostenerse.  
 Y eran viles cortesanos  
 Que hondas congojas padecen  
 Por la ausencia de los goces  
 Que en la hermosa ciudad tienen.  
 Otros lanzando centellas  
 Las batallas apetece  
 Y matan de ciento en ciento  
 Con un soplo á los *godemes*;  
 Bombas, asaltos, degüellos  
 De los grupos se desprenden,  
 Entre el humo del cigarro  
 Y el olor del aguardiente.  
 La casa de diligencias  
 En altos próceres hierve:  
 Pedraza, Godoy, Cardoso,  
 En discursos elocuentes,  
 De la paz y de la guerra  
 El pro y el contra sostienen.  
 Pero está abierto el Congreso  
 Y la discusión fenece;  
 Cesa el ruido de las calles,  
 Silencio impera solemne,  
 Y las plazas y mercados  
 En desiertos se convierten.

1895.

ROMANÇE DE SORPRESA  
 EN QUE SE PRUEBA,  
 QUE CAMBIEN LOS ANGELES DAN DE ALECAZOS.

## I.

En silencio está el Congreso  
 Y de pie los diputados  
 Esperando la protesta  
 De un representante extraño,  
 Cura del Paso del Norte,  
 Por su virtud afamado,  
 El cabello como de oro,  
 Su tez como de alabastro,  
 Los ojos de azul de cielo  
 Modestos y sosegados;  
 Vestía negra levita,  
 El alzacuello ajustado,  
 Sin bastón, sin distinciones  
 Y como vulgar paisano.

Quién es? pregunté curioso  
 A un mi amigo su paisano.  
 Ese humilde sacerdote  
 Es de virtudes dechado,  
 Héroe por el patriotismo,  
 Por sus costumbres un santo:  
 Es delicia de los niños,  
 Es de los pobres amparo,  
 De las vírgenes escudo,  
 De los que sufren descanso;  
 Viste en su tierra sencillo  
 Como los hombres del campo,  
 Ni sobrinas ni parientes  
 Habitan en su curato,  
 Al enfermo tierno asiste,  
 Sin cuidarse de su rango;